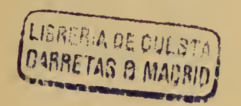
Golondrina


LOS HOMBRES
OCEANIA
AFRICA

GOLONDRINA



GOLONDRINA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Estrenada en el TEATRO LARA el 13 de Octubre de 1886



MADRID

R. Velasco, impresor, Rubio, 20

1886

A la Sra. D.ª Octavia Upchier,

viuda de Picón

Dedica esta obra en testimonio de sincera amistad

El Autor

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
BEATRIZ............	Srta.	Rodríguez (D.ª Matilde).
D.ª LEONARDA......	Sra.	Valverde.
MANUELA...........		Romero de Segovia.
JACINTO............	Sr.	Rubio (D. José).

La acción en Madrid.—Época actual



NOTAS IMPORTANTES

PARA LOS DIRECTORES DE ESCENA DE LOS TEATROS DE PROVINCIAS

La Sra. Romero de Segovia aceptó gustosísima y desempeñó con gran acierto el papel de *Manuela*, que si parece insignificante por sus cortas dimensiones, es de gran importancia para el conjunto de la obra y debe repartirse *siempre* á la primera actriz cómica.

El papel de *Jacinto* pueden interpretarlo el primer actor, el galán joven ó el primer actor cómico, según convenga, y el de *Beatriz* la dama joven ó la primera actriz.

En los teatros donde fuera difícil hallar un capuchón como el que indica el diálogo de la escena segunda, puede utilizarse uno blanco sencillo, siempre que se coloquen en la parte anterior de la esclavina y en la capucha tres golondrinas pintadas, de tamaño natural.

ACTO ÚNICO

Gabinete elegantemente amueblado. Puertas al foro y dos á la derecha. A la izquierda balcón en primer término y puerta en el segundo.—Velador, sillas, butacas, etc.—Es de noche.—Chimenea en el fondo izquierda.

ESCENA PRIMERA

DOÑA LEONARDA, BEATRIZ y JACINTO, sentados al velador tomando té, que les sirve MANUELA.

BEAT. (A D.ª Leonarda.) ¿Más azúcar?

D.ª LEO. No; basta.

BEAT. ¿Quieres leche?

JACIN. No; lo tomo solo.

BEAT. Una tostadita, que están muy bien hechas.

JACIN. No; no tengo apetito.

BEAT. Pero hombre, vas á sentir debilidad... Teniendo que estar levantado hasta tan tarde...

D.ª LEO. Hasta tan temprano, querrás decir; porque volverá de día ó poco ménos, como el jueves pasado.

JACIN. Es posible, es posible. Esas comisiones son tan pesadas...

BEAT. Habrá discursos y discusión...

JACIN. Discusión larga. Ya ves, se trata de un asunto muy interesante para la provincia: la concesión de ciertos privilegios para las harinas nacionales...

D.ª LEO. Entonces claro es que tendreis que meteros en harina.

JACIN. Eso es. (Me parece que ésta sospecha algo).

D.ª LEO. Pues yo, francamente, no me explico esa costumbre de que los ministros reciban á las comisiones á la una y las dos, y las tres de la madrugada.

BEAT. Y á las cuatro y las cinco. Sí, mamá. Yo lo sé por la generala. Su marido se está en el ministerio algunas veces hasta muy entrado el día.

JACIN. (¡Bendita sea la generala!)

D.ª LEO. ¿Pero señor, á qué hora duermen los ministros?

JACIN. A ninguna: ni duermen, ni descansan, ni viven. Eso no es vivir.

D.ª LEO. Y sin embargo, personas que tienen elementos para pasar su existencia con tranquilidad y con holgura, echan los bofes por pescar una cartera, que solo les proporciona trabajo y sinsabores y disgustos... Francamente, no veo la tostada.

JACIN. Aquí la tiene usted. (Acercándola el plato.)

D.ª LEO. No es eso, hombre; parece que estás en Belén.

JACIN. ¡Ah, sí! ¡Huy! Las doce y media (Levantándose) y la comisión estaba citada para las doce y aún estoy sin vestir.

BEAT. Pero acaba de tomar el té.

JACIN. No; no quiero más.

D.ª LEO. (Este va de cena.)

JACIN. (A Manuela.) ¿Tengo agua caliente en el lavabo?

MAN. Sí, señor, ahora mismo la he puesto.

JACIN. ¡Me hace una gracia mudarme ahora hasta de camisa!...

BEAT. Ya, ya. Bien pueden agradecerte tus electores las molestias que te tomas por ellos.

JACIN. ¡Mire usted que ponerse uno ahora de frac!... Vamos, es cosa de... Pero no hay más remedio.

BEAT. Naturalmente, ¿qué vas á hacer? Anda, anda, que es tarde.

D.ª LEO. (Mi hija es tonta de capirote.) (Con la boca llena.)

JACIN. ¡Sea todo por Dios! (Entra por la primera puerta derecha.)

ESCENA II

DICHOS menos JACINTO.

BEAT. (Se queda mirando á la puerta por donde se ha ido Jacinto, moviendo la cabeza como el que está contrariado.) ¡Sí, sea todo por Dios!

D.ª LEO. ¡Beatriz!

BEAT. ¡Mamá!

D.ª LEO. ¿Qué haces? ¿No tomas el té?

BEAT. No; no tengo gana.

D.ª LEO. Pues llévate esò. (Manuela recoge el servicio del tè en una bandeja. Beatriz se ha sentado en una butaca.)

D.ª LEO. (Acercándose á Beatriz.) ¡Beatriz!

BEAT. ¿Qué?

D.ª LEO. ¿Tú crees todo lo que acaba de decir tu marido?

BEAT. (Sorprendida.) ¿Yo?... ¡Sí!

D.ª LEO. ¿Tú crees en esas comisiones, en esas audiencias y en esas harinas?

BEAT. ¿Yo? (Rompiendo á llorar ruidosamente.) ¿Qué he de creer yo en todo eso?

D.ª LEO. ¡Hija, hija; por Dios!

BEAT. Cierra esa puerta, no vaya á enterarse Jacinto. (Doña Leonarda cierra la puerta primera derecha.)

MAN. (Llevándose por el foro el servicio del té.) ¡Pobre señorita!

BEAT. ¡Ay, madre mía, que desgraciada soy!

D.ª LEO. Es decir, que sospechas...

BEAT. No; estoy segura. (Siempre llorando.)

D.ª LEO. ¿Segura, de qué?

BEAT. ¡De que Jacinto me engaña!

D.ª LEO. ¡No en balde sospechaba yo! ¿Pero tienes alguna prueba?...

BEAT. Muchísimas.

D.ª LEO. ¡Y lo ocultabas! ¡Y aparentabas estar tranquila! ¡Y no me decías una palabra!

BEAT. Por evitarte ese disgusto para no hacerte sufrir un desengaño. ¡Tú que creías á Jacinto el más

amante de los esposos, el mejor de los hombres!

D.ª LEO. Y lo es, no te quepa duda. ¡Figúrate cómo serán los otros!

BEAT. ¡Ay, desdichada de mí!

D.ª LEO. Pero vamos á ver, serénate un poco y dime todo lo que sepas. Acaso no sea fundada tu sospecha... (Ni la mía.)

BEAT. Sí, mamá, sí; me engaña de la manera más inícua.

D.ª LEO. ¿Qué pruebas tienes?

BEAT. Horribles. Vas á verlas. (Se dirige al *bureau*, de uno de cuyos cajones saca un paquete, volviendo á cerrar.)

D.ª LEO. (¡Cuando yo decía!... Era imposible tanta fidelidad al cabo de tres años de matrimonio. El marido que tarda más, un año.)

BEAT. Aquí están.

D.ª LEO. ¿Y cómo has podido abrir ese mueble?

BEAT. Con esta llave que me he procurado.

D.ª LEO. Muy mal hecho.

BEAT. Gracias á ella, en el secreto de ese *bureau*, he hallado estas cartas y estos retratos...

D.ª LEO. ¡Retratos! ¡Tiene más de una!

BEAT. No, pero está en diferentes posturas. Mira...

D.ª LEO. De perfil. ¡Válgame Dios! (Y no es fea la condenada.)

BEAT. Otro.

D.ª LEO. De frente. ¡Ave María purísima, y que escote!

BEAT. Otro.

D.ª LEO. De espalda y volviendo la cabeza. Claro, como diciendo: caballero, sígame ustéd. ¡Qué horror!

BEAT. Y aquí están las cartas.

D.ª LEO. No son muchas.

BEAT. Pero son buenas Oyelas por orden de fechas: 1.º de Enero...

D.ª LEO. ¡Buen principio de año!

BEAT. «Chichito mio.»

D.ª LEO. ¡Buen principio de carta!

BEAT. «Chichito mio: no vayas esta noche, porque tengo jaqueca.»

D.ª Leo. ¡Qué lástima!
Beat. «Tuya, Golondrina.»
D.ª Leo. ¿Golondrina?
Beat. Ese es su nombre. Y en el papel usa como membrete una golondrina volando. (Enseñándoselo.)
D.ª Leo. ¡Así le salga un golondrino!
Beat. «Siete de Enero.—Voy al baile de abonados de la Comedia. No faltes. Allí hablaremos del asunto.» ¿Qué asunto será?
D.ª Leo. ¡Vaya usted á saber! El de las harinas nacionales, como esta noche.
Beat. Tuya, etc —(Leyendo otra carta.) «Enero 19. Anoche me equivoqûé. No son dos mil reales, sino tres mil.»
D.ª Leo. ¡Mire usted que demonio! Se conoce que echa mal sus cuentas.
Beat. «Traémelos hoy sin falta, porque si nó me pones en un compromiso atroz, pichoncito mio.»—En su carta así le llama, ¡pichoncito!
D.ª Leo. Naturalmente, como que lo despluma.
Beat. Otra. «Enero 30. Estoy incomodadísima contigo. Ya hace cuatro dias que no te veo. Si hoy no vienes soy capaz de hacer una locura.»
D.ª Leo. Esa carta me agrada.
Beat. Y á mí. No queda más que otra.—Febrero 10.
D.ª Leo. ¿De ayer?
Beat. Sí. La guardó esta mañana.
D.ª Leo. Veamos.
Beat. «Jacinto.»
D.ª Leo. ¿Así, en seco?
Beat. Así.
D.ª Leo. Continúa.
Beat. «Mañana iré al baile del Real con el disfraz de siempre. Si no te encuentro allí estoy dispuesta á todo, hasta á presentarme en tu casa y armar un escándalo. Ya sabes que soy capaz de hacerlo.» Y no hay más.
D.ª Leo. Pues, hija mia, esto va muy bien; ¡pero muy bien! Se conoce que todo ello ha sido solamente un ca-

pricho pasajero y que tu marido se bate en retirada.

BEAT. ¡En retirada y se vá al baile esta noche!

D.ª LEO. Es verdad. Eso es lo que hay que evitar á todo trance.

BEAT. ¿Y cómo?

D.ª LEO. No lo sé, pero hay que impedirlo.

BEAT. Imposible.

D.ª LEO. Pues por lo menos debemos procurarlo.

BEAT. Tengo otro proyecto.

D.ª LEO. ¿Cual?

BEAT. Ahora te lo diré. Voy ante todo á guardar esto. (Lleva al *bureau* las cartas y retratos en un paquete y los guarda.)

D.ª LEO. Lo que se deduce de la lectura de esas cartitas, es que Jacinto, si va esta noche al baile, no lo hace por complacer á esa... golondrina, sino por el temor de que promueva un escándalo.

BEAT. Ya has visto que hasta le amenaza con venir á buscarle.

D.ª LEO. Se conoce que la niña es de armas tomar.

BEAT. Escucha mi proyecto. Ya te he dicho que yo sospechaba hace mucho tiempo la infidelidad de Jacinto.

D.ª LEO. Y yo también.

BEAT. Su preocupación constante, sus salidas de noche y sobre todo la casualidad de coincidir sus visitas al Ministro con los bailes de la Comedia y del Real, me convencieron de que mis temores no eran infundados. Procuré disimular, conseguí que él no sospechase y cuando descubrí esas cartas y esos retratos...

D.ª LEO. Que fué el día en que te pusiste mala...

BEAT. Cierto. Decidí convencerme por mí misma de su infamia y aquella noche, miéntras tú dormias tranquilamente, fuí con la vecina del tercero al baile de máscaras de la Comedia.

D.ª LEO. ¡Qué imprudencia!

BEAT. Te lo oculté por evitarte ese disgusto y por-

que nada se conseguía con que tú lo supieses.

D.ª Leo. ¡Fuiste al baile!

Beat. ¡Cuántas lágrimas vertí bajo la careta! ¡Cuántos sollozos tuve que ahogar entre los pliegues del manto!

D.ª Leo. Y allí...

Beat. Le ví acercarse á ella, cogerla del brazo y pasear juntos por el salón. Yo les seguía como una sombra. En el descanso salieron del teatro y se metieron en un coche.

D.ª Leo. ¿Solos?

Beat. Nó; con otra y con un caballero que no conozco.

D.ª Leo. ¿Y tú?

Beat. Yo, con Doña Tomasa, entré en un carruaje y les seguí hasta la puerta del *restaurant* de Fornos... á donde subieron! (Llorando.)

D.ª Leo. ¿Y después?

Beat. Me volví á casa con el corazón destrozado...

D.ª Leo. ¡Ya lo creo! (¡Si voy yo, al momento suben al *restaurant*!)

Beat. En medio de mi aflicción horrible, pensé que acaso no conseguiría nada con decirle que lo sabía todo, y violentándome cuanto pude, logré estar con Jacinto más cariñosa que nunca, procurando de esta manera fortalecer los amantes lazos que él rompía... Y algo conseguí indudablemente, porque desde entonces no salió de casa más que conmigo y vinieron esas cartas con quejas y recriminaciones.

D.ª Leo. Sí, sí, no hay duda que es el mejor sistema; la dulzura, la resignación y la paciencia, logran muchas veces lo que no se consigue por medios violentos... Pero, hija mia, para eso se necesita una sangre especial. Yo te admiro, te admiro.— Si tu padre hubiese hecho conmigo estas cosas.... No quiero pensar lo que yo hubiera hecho con él.

Beat. Como he sabido por la carta de esa mujer que hoy iria al baile con el mismo disfraz de las otras noches, me he mandado hacer uno exactamente

igual al suyo. Un capuchón de raso blanco adornado con terciopelo negro y con varias golondrinas caprichosamente pintadas en la falda y en la capucha.

D.ª LEO. ¿Eso es lo que hoy te han traido de casa de la modista y lo que no has querido enseñarme?

BEAT. Eso.

D.ª LEO. ¿Y qué te propones? No lo entiendo.

BEAT. En cuanto salga Jacinto, ya dispuesto para marcharse, me retiro á mi cuarto; tú procuras entretenerle unos cuantos minutos, me pongo el capuchón y la careta, bajo por la escalera interior y me meto en un coche, que me está esperando desde las doce en la esquina de esta calle.

D.ª LEO. ¡Beatriz!

BEAT. Todo lo tengo preparado. Sale Jacinto, le llamo desde el coche, me toma por la otra, se asusta al pensar que la tenía tan cerca y dispuesta á cumplir su amenaza de armarle aquí un escándalo, el coche nos lleva á Fornos, entramos en un gabinetito y allí entre lágrimas y suspiros que desfiguren la voz, le pido cuatro mil reales.

D.ª LEO. Y no te los da.

BEAT. Sí; lleva en la cartera un billete de mil pesetas.

D.ª LEO. Bueno, supongo que te lo da, y ¿qué?

BEAT. Que no se lo devuelvo y lo guardo en castigo á su infidelidad y á su perfidia.

D.ª LEO. No es mucho el castigo, pero en fin...

BEAT. Después me quito la careta y se queda aterrado. Aprovecho el primer momento de sorpresa para decirle que tú no sabes nada, que yo lo sé todo, y que si no renuncia á esas aventuras impropias de un hombre que se estime en algo, estoy dispuesta á contarte lo que me sucede y á separarme de él para siempre. Entonces—él es bueno—se arrepentirá, me pedirá perdón, cenaremos juntos y nos volveremos á casita en paz y en gracia de Dios.

D.ª LEO. O después de armar un zipizape y dar un espectáculo en el *restaurant*...

BEAT. ¿Crees capaz á Jacinto?...

D.ª LEO. Los hombres son capaces de todo cuando se dedican á la cría de golondrinas.

BEAT. Sin embargo...

D.ª LEO. Nada, nada; desapruebo por completo lo que se te ha ocurrido. Insisto en que á todo trance es preciso evitar que salga esta noche de casa.

BEAT. Pero, ¿cómo?

D.ª LEO. Fingiendo que te pones enferma.

BEAT. No sirvo yo para hacer farsas.

D.ª LEO. Pues la que tenías preparada era un poco más difícil y más expuesta. No hay mujer que no sepa fingir un ataque de nérvios.

BEAT. Como no lo he hecho nunca...

D.ª LEO. Alguna vez había de ser la primera. Déjate caer sobre esa butaca. Yo doy un par de gritos pidiendo agua, entro asustadísima en el cuarto de Jacinto, que ya estará acabando de vestirse, sale, te ve, y no se atreve á marcharse.—¡Ah! Él viene. Desmáyate.

BEAT. Pero...

D.ª LEO. Te lo mando.

ESCENA III

DICHAS y JACINTO, en traje de etiqueta

JACIN. Está visto, no aprenderé en toda mi vida á hacerme el lazo de la corbata.

D.ª LEO. Jacinto!

JACIN. ¿Qué hay?

D.ª LEO. Beatriz está mala.

JACIN. ¿Sí?

BEAT. Sí.—¡Ay! Muy mala, no sé lo que siento. (Sentándose en la butaca.)

JACIN. Pero, ¿qué tienes? (Con gran interés.)

D.ª LEO. ¿No oyes, que no sabe lo que siente?

BEAT. ¡Ay! (Cierra los ojos, quedando inmóvil.)

D.ª LEO. ¡Se ha desmayado!

JACIN. ¡Beatriz! ¡Beatriz!

D.ª LEO. ¡Hija mía!

JACIN. ¡Esto será un vahido! Corro á mi cuarto por el éter. (Váse, primera derecha.)

D.ª LEO. ¡Anda, por Dios!

ESCENA IV

BEATRIZ, DOÑA LEONARDA

BEAT. ¿Se ha asustado? (Con alegría.)

D.ª LEO. No comprendo por qué. ¡Vaya una manera de fingir un ataque de nérvios! No sirves para nada.

BEAT. ¿Pues qué he de hacer?

D.ª LEO. No quedarte ahí como dormida. Es necesario que hagas movimientos convulsivos. Y cuando Jacinto se acerque le das un par de bofetadas.

BEAT. Mamá...

D.ª LEO. Así como así, las tiene bien merecidas.

BEAT. Yo no sé fingir de esa manera.

D.ª LEO. Si es muy sencillo. (Dejándose caer en la otra butaca.) Mira, rigidez, mucha rigidez... Así. (Fingiendo una fuerte convulsión.)

ESCENA V

DICHAS, JACINTO, con un frasquito

JACIN. ¿Ha vuelto?

D.ª LEO. ¡Ah! (Sorprendida, acentúa más la convulsión.)

BEAT. ¡Ay! (Fingiendo desmayarse de nuevo y procurando también imitar los movimientos de Doña Leonarda, aunque no tan exagerados.)

JACIN. ¿Qué es esto? ¡Usted también! ¡Caracoles!—¡Manuela! ¡Manuela! ¡Agua!—¡Beatriz, por Dios! (Haciéndola oler el frasquito.)

D.ª LEO. (Eso es, yo aunque reviente importa poco.)

BEAT. (Como volviendo en sí.) Ya... ya estoy mejor.

D.ª LEO. (Levantándose y dando en el hombro á Jacinto que no repara en ella.) Y yo.

JACIN. ¿Pero qué ha sido esto?

BEAT. No sé, no sé. (Levantándose apoyada en Jacinto, que aún le hace oler el frasquito.)

JACIN. Huele, huele más.

ESCENA VI

DICHOS, MANUELA, con un vaso de agua. (Foro.)

MAN. ¿Qué? ¿Se ha puesto mala la señorita?

BEAT. Sí, pero ya estoy bien.

JACIN. Bebe un sorbito de agua.

BEAT. No; ya se me ha pasado.

D.ª LEO. No es verdad. Yo sí estoy bien, como que no he tenido más que el susto de verte; pero tú no estás buena, hija mía. ¡Quiá! Ni mucho menos. (Pulsándola.) Tienes el pulso agitadísimo. (A Jacinto Pum, pum, pum, pum.—Haz una taza de tila al momento. (Váse Manuela.) Milagro será si no te repite el ataque.

JACIN. ¿Por qué? No es lo probable... Habiéndosele pasado tan pronto... Tranquilizándose ahora... Con la tila...

D.ª LEO. (Aparte á Beatriz.) (Este lo que desea es marcharse.)

JACIN. ¿Qué tal, hijita?

BEAT. Bien.

D.ª LEO. No puedes figurarte lo mala que se puso. Demudada, lívida, cadavérica.

JACIN. Tal vez del calor de la chimenea; está la atmósfera muy cargada. Convendrá ventilar un poco, abriendo el balcón. (Va al balcón y lo abre.)

D.ª LEO. (Como no te pongas peor, se marcha.)

BEAT. ¡Ay! (Suspirando.)

JACIN. ¿Qué es eso?

D.ª LEO. Que no está bien; si te lo he dicho.—Cierra ese balcón, no vayamos á coger una pulmonía. (Jacinto cierra el balcón.)

JACIN. Vete á la cama, y verás como allí te tranquilizas. Si eso no es nada.

D.ª LEO. Tiene razón, debes acostarte.—Pero tú ya no saldrás, ¿eh?

JACIN. Yo...

D.ª LEO. Es claro; si le repite, ¿qué voy á hacer sola con la criada?

JACIN. Si eso se la pasará al momento.

D.ª LEO. O no.

BEAT. Sí, sí; vete cuando quieras.

JACIN. Esperaré un rato, hasta que te encuentres bien. Pero ya comprenden ustedes que no me es posible faltar esta noche. Se trata de un asunto de interés general, y ¿qué diría el Ministro?...

D.ª LEO. (¡Tunante!) Bien... pero espera un poco. Ayudaré á acostarse á Beatriz, y si se alivia te vas tan tranquilo.

JACIN. Eso es.

D.ª LEO. Vamos, hija mía. (Se me ha ocurrido una gran idea.)

JACIN. Estás mejor, ¿verdad?

BEAT. Así, así. Adios.

JACIN. Procura dormirte pronto.

D.ª LEO. (Eso es lo que á tí te conviene.)

MAN. Aquí está la tila.

D.ª LEO. La tomará acostada. Vamos.

JACIN. Con eso se calmará al instante. Si es todo nervioso nada más. Los nervios .. (Acompañando hasta la puerta segunda izquierda á Beatriz, que va apoyada en el brazo de Doña Leonarda. Detrás de ellas entra Manuela.)

ESCENA VII

JACINTO, luego MANUELA.

JACIN. ¡Malditos sean los nervios, amen!—Voy á pasarme aquí toda la noche, como si lo viera; y la otra esperándome! Estará furiosa.—No puede ser, vamos, no puede ser.—Necesito ir al baile, aunque

solo sea veinte minutos para disculparme, para decirle que no me es posible acompañarla, que mañana nos veremos, cualquier cosa que la calme un poco; si no es capaz de plantarse aquí mañana tempranito y dar la campanada gorda. ¡Vaya si es capaz! Como lo hizo con Bermudez, según me contaron ayer. Si yo lo hubiera sabido á tiempo, ya me hubiera mirado bien antes de meterme en estos belenes.—Y que yo no sirvo para esto, lo conozco. Siempre estoy temiendo que mi mujer averigue algo; me paso la vida mirándola á la cara, queriendo adivinar si tiene alguna sospecha... No me perdonaría el darle un disgusto. Es tan buena la pobre... (A Manuela, que sale con la taza de tila.) ¿Qué es eso? ¿Ha tomado la tila?

MAN. Sí, señor, y ya está acostada. ¿Desea usted algo?

JACIN. No. (Vase Manuela por el foro.) Nada, nada, en cuanto encuentre oportunidad trueno con Golondrina. Buscaré un pretesto. La diré que ha llegado á mi noticia que tiene relaciones con otro... Con... ¿Con quién? Con cualquiera. Al fin y al cabo puede que sea verdad.—No. (Mirándose al espejo.) Desgraciadamente esa mujer se ha enamorado de mí. Está apasionada. ¡Y es tan bonita! ¡Tiene unos ojos tan expresivos! ¡Y un cuerpo tan gallardo! (Después de mirar el reloj.) ¡Qué horror! ¡Qué tarde es ya! (Se pasea agitadamente y en muy corto trecho.)

D.ª LEO. (Desde la puerta, sin salir.) Este hombre se pasea como las fieras del Retiro.

JACIN. A estas horas estará recorriendo todo el salón, buscándome por todas partes... y llevada de todos los demonios. En cuanto me vea va á caer sobre mí un chaparrón de insultos. Si me vé esta noche, que lo voy dudando, porque si Beatriz no se pone bien, ¿cómo me marcho yo?

ESCENA VIII

DICHO y D.ª LEONARDA, que sale y sigue los pasos de Jacinto lo más próxima posible á él, sin que éste la vea hasta que se vuelva.

JACIN. Puede sospechar algo su madre, y aunque es una infeliz, al fin y al cabo es suegra. (Encontrándose con ella de frente.) ¡Ah! ¡Usted!

D.ª LEO. Sí, hombre, ¿de qué te asustas?

JACIN. De nada. ¿Cómo está Beatriz?

D.ª LEO. Ha querido que la deje sola para ver si logra dormirse. Con la tila se ha tranquilizado mucho.

JACIN. (Con alegría.) Lo que yo dije, y en cuanto consiga conciliar el sueño se pondrá completamente bien. Eso no ha sido nada.

D.ª LEO. Tal creo.

JACIN. Lo que necesita es silencio, reposo y nada más.

D.ª LEO. (Con intención.) Nada más. Yo, sin embargo, no me acuesto hasta más tarde, por si acaso...

JACIN. ¡Ah! ¿No se acuesta usted?

D.ª LEO. No; puedes salir si quieres.

JACIN. Si usted queda al cuidado...

D.ª LEO. Sí; vete tranquilo.

JACIN. (¡Cuando digo que esta señora es una infeliz!) (Se pone el gabán.) De todas maneras yo procuraré volver pronto.

D.ª LEO. No es preciso. Si se tratase de alguna indisposición grave...

JACIN. ¡Ah! En ese caso no saldría.

D.ª LEO. Claro.

JACIN. Vaya, pues hasta luego. Voy á llegar muy tarde. (Se pone el sombrero.)

D.ª LEO. (¡Qué prisa tiene el grandísimo pillo!) ¿Pero te vas con la corbata así?

JACIN. ¡Ah! Es cierto. Esta costumbre de que Beatriz me haga el lazo...

D.ª LEO. Procuraré sustituirla, y aunque no lo sepa hacer tan bien como ella ..

JACIN. Muchas gracias.

D.ª LEO. Ven, ven acá. (Le aprieta con gran fuerza la corbata.)

JACIN. (Casi sin respiración.) ¡Ay! ¡Señora!

D.ª LEO. ¿Qué?

JACIN. Que me ahogaba usted.

D.ª LEO. La falta de costumbre (y las ganas.) Lo haré más flojito. Así; me parece que está bien. ¿Eh? Mírate al espejo.

JACIN. Perfectamente. (Mirándose.) Un millón de gracias. (¡Esta suegra es un angel, un angel!)

D.ª LEO. Cuando vuelvas te abrirá la puerta el sereno, ¿eh? para que Manuela no espere.

JACIN. No es necesario, ni que baje ahora tampoco. Hoy, como es sábado, tienen reunión arriba, en el segundo, y está abierto toda la noche.

D.ª LEO. Es verdad.

JACIN. Hasta después, mamá Leonarda.

D.ª LEO. Adios, hijo mio. Abrígate bien, que está muy fría la noche. Súbete el cuello del gabán. (Subiéndoselo) (Campanillazo.)

JACIN. (Es un ángel.) ¿Eh?

D.ª LEO. ¡Han llamado!

JACIN. ¿Quién será á estas horas?

D.ª LEO. ¡Ay! ¡Beatriz me parece que llama también! Entérate de quién es. (Entra rápidamente por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA IX

JACINTO, luego MANUELA

JACIN. Verdaderamente es extraño. ¿A quién se le ocurrirá venir ahora?...

MAN. ¡Señorito, señorito!

JACIN. ¿Qué? ¿Quién es?

MAN. Una señora vestida de máscara pregunta por usted, y dice que necesita verle.

JACIN. ¡Una señora! ¡A mí! Acaso... ¡Quiá! No es posible.

MAN. Ahí está.

JACIN. ¡Ella! ¡Qué desfachatez!

ESCENA X

DICHOS y BEATRIZ, con capuchón y careta, y entrando con gran decisión, como la que viene resuelta á todo.)

JACIN. (Que habla sin dejar que le interrumpa Beatriz y en voz muy baja.) ¿A qué vienes aquí? ¿Estás loca? ¡Sal inmediatamente, y no me pongas en un compromiso! (Beatriz avanza hasta el proscenio.) ¿Qué es lo que pretendes? ¿Quieres á todo trance dar un escándalo? Si hablas una sola palabra soy capaz de... Vamos, vamos á la calle, vamos.

D.ª LEO. ¡Jacinto! (Dentro.)

JACIN. ¡Ah! ¡Ocúltate por Dios! Ahí. (Haciéndola entrar por la primera derecha.) (A Manuela, que está con la boca abierta.) ¡Silencio!

ESCENA XI

JACINTO, MANUELA y DOÑA LEONARDA

D.ª LEO. ¡Jacinto!

JACIN. ¿Qué hay? ¿Está peor Beatriz?

D.ª LEO. No, al contrario. Dice que se encuentra muy bien, y que puedes irte cuando quieras. Con que, anda, anda.

JACIN. (Muy turbado.) Que me vaya, ¿eh?

D.ª LEO. Sí. ¿Quién ha llamado? (A Manuela.)

MAN. Pues...

JACIN. Sí, eso... eso. .

D.ª LEO. Pero, ¿quién ha sido?

MAN. Una señora...

JACIN. La señora de... de arriba, que se había equivocado de piso.

D.ª LEO. Ya extrañaba yo que viniese nadie á estas horas.

JACIN. Efectivamente, á estas horas... no debía venir nadie.

D.ª LEO. Puedes acostarte, Manuela.

MAN. Buenas noches.

(Jacinto dice que nó por señas á Manuela, y al volverse le ve Doña Leonarda.)

D.ª Leo. ¿Eh? ¿Qué es eso?

Jacin. Nada, nada. (Yo no sé lo que voy á hacer.) (Váse Manuela por el foro.)

ESCENA XII

DOÑA LEONARDA y JACINTO, que se quita el sombrero

D.ª Leo. Pero qué, ¿no sales?

Jacin. No... más tarde, si acáso.

D.ª Leo. ¿Y por qué? Mejor será que te vayas ahora, y así puedes volver más pronto.

Jacin. Es que me siento así... un poco indispuesto. (Haciéndose aire con el pañuelo.)

D.ª Leo. ¿Si? ¿Qué tienes?

Jacin. Pesadez en la cabeza y sofoco (Quitándose el gabán), y un malestar...

D.ª Leo. Eso es que nos hemos atufado con la chimenea, sí; estamos atufados. Yo estoy muy atufada. A la cama al momento. Ahora sí que no permito que salgas.

Jacin. (¡Esta es otra!) No, si esto será pasajero. Acúestese usted, acúestese usted, que yo saldré después si me siento mejor.

D.ª Leo. De ninguna manera. Ya no te lo permito. Váyanse á paseo el Ministro y la comisión y las harinas; primero eres tú. ¡Pues no faltaba más! (De pronto.) Para que no puedas salir, voy á echar la llave á la puerta. (Dirigiéndose hacia el foro.)

Jacin. (¡Demonio!) Pero si... (Deteniéndola.)

D.ª Leo. Lo primero es la salud. Sí, hijo mio, sí. ¿Quieres tomar alguna cosa? ¿Tila, té con azahar ó manzanilla? O mejor será ponerte unos sinapismos. Yo misma; verás que pronto. En tu cuarto hay papel *Rigollot*. (Dirigiéndose hácia la primera puerta derecha)

Jacin. (Deteniéndola.) No señora, no; ya se me ha pasado.

D.ª LEO. ¡Mentira! Lo dices por tranquilizarme, pero estás muy alterado.

JACIN. (¡Ya lo creo!)

D.ª LEO. Si se te conoce á la legua.

JACIN. ¡Aprensión! Estoy completamente bien.

D.ª LEO. ¿Sí? ¿No me engañas?

JACIN. Sí señora; digo, no señora.

D.ª LEO. ¿De veras?

JACIN. De veras.

D.ª LEO. (Cogiendo el gabán.) Vaya, pues en ese caso, vete al momento. Así echaré yo misma el cerrojo. Vamos, ponte el gabán. (Teniendo el gabán para que se lo ponga comodamente.) Anda, hombre.

JACIN. (Metiendo un brazo por la manga.) (¿Y cómo dejo aquí á esa mujer?) Nó; no salgo ya.

D.ª LEO. Hombre, pareces una veleta. Salgo, no salgo.

JACIN. Decididamente me quedo en casa.

D.ª LEO. ¿Pero es que te sientes mal?

JACIN. No, ya es demasiado tarde.

D.ª LEO. Vaya, pues me voy á la cama.

JACIN. (¡Gracias á Dios!) Yo también.

D.ª LEO. Que pases buena noche.

JACIN. Sí... gracias. (¡Buena noche voy á pasar!)

D.ª LEO. Adios, hijo mío, adios.

JACIN. Vaya usted con Dios, mamá Leonarda. (Vase doña Leonarda por el foro.)

ESCENA XIII

JACINTO luego D.ª LEONARDA

JACIN. Echa el cerrojo, pero la llave no. (Mirando desde la puerta del foro.) Menos mal, así podré salir facilmente. (Dirigiéndose á la primera puerta derecha.) Esta mujer merecía que la matase. (Asomando la cabeza por la puerta.) Salga usted de ahí, señora, salga usted.

D.ª LEO. (Que aparece en la puerta del foro.) ¡Jacinto!

JACIN. (Volviéndose asustadisimo.) ¡Ah! ¿Qué, qué hay?

D.ª Leo. Que si necesitas algo llames, ¿eh?

Jacin. Sí, sí; váyase usted descuidada.

D.ª Leo. Que descanses. (Vase.)

ESCENA XIV

JACINTO que va á la puerta del foro. Luego BEATRIZ

Jacin. Y usted también; buenas noches. Adios, hasta mañana.—Vamos, ya entró en su cuarto y cerró la puerta. (Cierra la del foro.) Esperaré un rato, y en cuanto esté dormida, me marcharé con ese demonio.—Por fortuna la buena señora ronca de tal modo que se la oye desde el pasillo. (Observando desde la segunda puerta izquierda.) Mi mujer se ha tranquilizado sin duda y duerme como una bendita. Dichosa ella que no tiene sobresaltos, ni inquietudes, ni.. (Cierra la puerta.) Y en cuanto á ésta, á ésta yo la compondré Ha de pagar cara su imprudencia. (Acercándose á la puerta primera derecha.) Salga usted, salga usted de ahí. (Sale Beatriz, y Jacinto la coge por un brazo.—En voz baja toda la escena y hablando muy seguido, interrumpiéndola cuando cree que va á contestarle.) ¿Le parece á usted regular el compromiso en que me ha puesto? Vamos á ver, ¿qué debería yo hacer ahora con usted? Sólo mirando que tiene faldas no la he obligado ya á salir por el balcón. ¿Cree usted que se puede impunemente venir á una casa honrada y tranquila á provocar un escándalo, á indisponer á un matrimonio, y sobre todo á proporcionar un disgusto gravísimo á una señora que está bien lejos de sospechar lo que sucede? ¿Qué haría yo si mi mujer la descubriese á á usted aquí? ¿Qué haría yo y qué haría usted? ¿No sería una vergüenza para los dos?... (Beatriz se sienta, llevándose el pañuelo á los ojos y solloza.) Eso es, ahora lagrimitas. ¡No llores, por Dios! (Pues si empieza me he divertido. Da cada grito que

alborota el barrio.) (Solloza más fuerte.) ¡No llores! Felizmente mi mujer está enferma, es decir, felizmente no; ¡qué atrocidad! Pero, en fin, está mala y no es facil que se entere de nada. Por eso no he ido antes á buscarte; pero tu impaciencia, tu desconfianza, tu caracter violento, te han hecho venir aquí á ponerme en una situación comprometidísima.—Pues ahora, en castigo, no te acompaño esta noche; te marchas sola... (Beatriz llora.) Es decir, si puedes marcharte. ¿Abajo tendrás el cochecito esperándote, verdad? ¿Con alguna amiguita que habrá venido contigo? ¿La Flora? De seguro. Esa es la que te aconseja estos disparates. (Llora más fuerte.) Pues te marchas con ella, al baile ó á tu casa ó al infierno, porque yo no salgo de aquí. Ya lo sabes. (Así, energía; á ver si dominándola me deja en paz.) (Llora mucho más fuerte.) ¡Calla, por Dios!—Voy á ver si puedo descorrer el cerrojo de la puerta sin que haga ruido. No te muevas de aquí. (Llora ruidosamente.) ¡Silencio! (Si esta noche no me vuelvo loco será milagro.) (Vase por el foro)

ESCENA XV

BEATRIZ, que apenas vé salir á JACINTO se dirige corriendo á la segunda puerta derecha. Luego MANUELA. Toda la escena en voz muy baja.

BEAT. ¡Manuela!

MAN. (Que sale poniéndose los guantes negros.) Señorita.

BEAT. Ponte este capuchón y esta careta. Vamos, de prisa. (Quitándose ambas cosas y ayudando á Manuela á ponérselas.) Ya te he dicho lo que has de hacer. No hablar una sola palabra y sollozar bajito de vez en cuando. Ni más ni menos. Lo que me has visto hacer á mí.

MAN. Pierda usted cuidado.

BEAT. Si dice que te descubras niégate á ello hasta que yo salga.

MAN. ¡Ay, señorita! Se me va á reventar este guante; me vienen muy estrechos y tengo dormidas las manos.

BEAT. No importa. Toma el pañuelo. Ven acá, ven acá. (La conduce hasta la butaca.) ¡Siéntate ahí y silencio! (Mirando por la puerta del foro.) ¡Ay! ¡Él viene! (Se oculta por la segunda izquierda.)

ESCENA XVI

MANUELA y JACINTO

JACIN. (Que entra de puntillas.) No hay más remedio que esperar á que se duerma esa señora. Por más precaución que se tenga para descorrerlo, suena el cerrojo de una manera horrible. ¡Estamos bien! ¡Estamos como queremos!—(Sentándose en la butaca lejos de Manuela) Voto á dos mil demonios, que esto ya es cosa de desesperarse. (Manuela solloza muy fuerte.) (Jacinto se levanta y va hacia ella.) Hazme el favor de no llorar, te lo mando... te lo suplico. (Muy amable.) Y como ya te dije antes, en cuanto yo pueda abrir la puerta, te marchas solita. (Sollozo.) ¡Silencio! Mi mujer está enferma y no es justo ni razonable que yo salga. Ya iré yo por tu casa mañana ó pasado... ó cuando pueda. (Manuela llora con gran fuerza.) Mañana, mujer, mañana. No llores ¡por María Santísima! (La animaré un poco.) Si demasiado sabes que te quiero mucho... (Cogiéndola una mano.) Pero ese caracter violento... es necesario que te corrijas, que domines esos arranques... Estás sofocada. Quítate la careta. (Yendo á quitársela. Llora más fuerte que nunca.) Golondrinita... (Óyese dentro á Doña Leonarda que tose.) ¿Eh? ¿Qué es eso? ¡Caracoles! (Yendo á la puerta del foro.) ¡Mi suegra! ¡Mi suegra viene! Ocúltate. (Manuela empieza á dar vueltas como aturdida y se dirige hácia el foro.) Por Dios, escóndete. Ahí. (Empujándola la hace entrar por la segunda derecha.) (Óyese más cerca la tos de Doña Leonarda.)

ESCENA XVII

JACINTO y DOÑA LEONARDA con cofia de dormir y una palmatoria en la mano.

D.ª LEO. (Tosiendo.) ¡Valiente constipado! Este lo cogí cuando abrió Jacinto el balcón.—¿Qué es esto? ¿Todavía estás ahí?

JACIN. Sí, señora, sí, todavía.

D.ª LEO. ¿Te vas á pasar la noche de frac y corbata blanca y dando vueltas por esta habitación?

JACIN. Estoy agitado, nervioso.

D.ª LEO. Yo también. Me ha dado un golpe de tos (Tosiendo.) que no me dejaba dormir, y yo no cogiendo el sueño en cuanto me acuesto ya estoy de gallo hasta la madrugada. Por eso he dicho: vaya, pues me voy junto á la chimenea y me entretendré con un libro hasta que sea de día.

JACIN. (¡Bonita determinación!) (Sentándose muy agitado.)

D.ª LEO. (Coge un libro muy grande, pónese los anteojos y se sienta á la chimenea.) Precisamente estaba muy interesada en la lectura de esta novela, que es preciosa. ¿Quieres el primer tomo, á ver si te distraes con la lectura?

JACIN. No, gracias.

D.ª LEO. Como quieras.—Capítulo XVIII.—Aquí llegaba. Es una situación que pone los pelos de punta.

JACIN. ¿Si, eh?

D.ª LEO. Terrible. Figúrate que el conde de Chateaurouge tiene oculta en su camarín á una jóven á quien ha seducido. Esta, que es una mujer vengativa y feroz, de raza de gitanos, se ha introducido en el castillo con el propósito de asesinar á la mujer de su amante...

JACIN. (Mirando hacia donde está Manuela.) ¡Qué atrocidad!

D.ª LEO. Muy interesante.—Sale de pronto armada con un puñal y yo no sé á quién asesinará. Eso es lo que voy ver ahora.

JACIN. Bueno, bueno.

D.ª Leo. Me alegraría de que matase al marido, perque lo merece.

Jacin. ¡Por mí, que lo mate... y pronto! (Levantándose.)

ESCENA XVIII

DICHOS y BEATRIZ, por la segunda izquierda

Beat. ¡Jacinto! ¡Mamá!

Jacin. (¡Ella también!)

D.ª Leo. ¡Beatriz!

Jacin. (¡Hoy no duerme nadie en esta casa!)

Beat. ¿Pero no te has marchado todavía? (A Jacinto.) Y tú, cómo estás levantada á estas horas?

D.ª Leo. La tos no me dejaba dormir y me vine á leer un rato. ¿Tú estás completamente bien?

Beat. Sí, pero no podia dormir tampoco y me he levantado.

D.ª Leo. Vaya, pues ya que tu marido ha resuelto no salir, debemos decidirnos á pasar la noche en tertulia. Jacinto hará dignamente los honores de la casa, porque hasta le tenemos vestido de etiqueta. (Riéndose.)

Jacin. ¡Já, já! ¡Es cierto! (¡Para bromitas estoy yo ahora!)

D.ª Leo. Si os parece bien, jugaremos una partidita de tresillo.

Beat. Nó, de ninguna manera. Tú te vas á la cama: allí aunque no duermas, descansas, y yo me quedo aquí haciendo compañía á Jacinto hasta que se acueste.

D.ª Leo. Como tú quieras. (Cogiendo la palmatoria.)

Jacin. Yo también me iré á la cama pronto.

D.ª Leo. Pues buenas noches, hija mia. Adios, hijo mio. (Tosiendo junto á él exajeradamente.)

Jacin. Adios; y no ande V. levantándose, que se vá poner peor del constipado.

D.ª Leo. Pues lo he cogido bueno, bueno. Estoy segura de que en toda la noche no voy á pegar los ojos. (Váse por el foro, tosiendo y estornudando.)

ESCENA XIX

JACINTO y BEATRIZ

JACIN. Oye, Beatriz. ¿Por qué no te acuestas tú también?

BEAT. Más tarde. Ahora necesito distraerme. No se lo he querido decir á mamá, pero, en el poco tiempo que he dormido tuve una pesadilla espantosa y me ha dejado una impresión tan triste, que temo volver á acostarme.

JACIN. ¡Bah! ¡Qué tontería!

BEAT. ¿Sabes lo que he soñado?

JACIN. ¡Vaya usted á adivinar! ¡Se sueñan tales desatinos!...

BEAT. Pues, verás. Siéntate aquí á mi lado. (Jacinto se sienta junto á ella.) Estábamos tú y yó asomados á ese balcón y de pronto, dices: ¡mira! (Señalando á la puerta segunda derecha.)

JACIN. (Volviéndose á mirar muy asustado.) ¡Eh! (¡Ah!) (Tranquilizándose.)

BEAT. (Continuando.) Mira, bajo el alero del tejado ha hecho su nido una golondrina.

JACIN. ¿Eh?

BEAT. Figúrate, en una calle céntrica de Madrid; cosas raras que se sueñan.

JACIN. Sí, es raro, efectivamente.

BEAT. Pues, oye, te dije yo; no me hace gracia que en mi casa aniden pájaros, aunque sean de buen agüero. Y entonces, tú, por complacerme, subiste, no sé cómo, hasta el tejado, para ahuyentar á la golondrina y deshacer el nido; cuando de repente ¡cataplúm! ¡qué horror! caes desde aquella altura y te quedas sin sentido é inmóvil en medio de la calle.

JACIN. Efectivamente, me he caído de un nido.

BEAT. ¿Cómo?

JACIN. Nada, nada.

BEAT. Pues, no acaba ahí.

JACIN. No, ¿eh?

BEAT. Nó. Yo estaba abrazándote y besándote, llorando con desesperación, cuando la golondrina, que volaba al rededor de nosotros, empieza á crecer, á crecer, hasta convertirse en una enorme ave de rapiña; me da un picotazo, te coge entre sus garras y se marcha contigo por los aires. Entonces dí un grito y me desperté.

JACIN. (Levantándose.) Vaya, pues procura olvidar todas esas tonterías. Ya ves que estoy aquí, á tu lado.

BEAT. He llorado tanto al ver como desaparecías allá, entre las nubes... Porque, yo, sin tí, no puedo vivir, sin tu cariño no comprendo la vida.

JACIN. (¡Adios! ¡A que ahora se le ocurre ponerse tierna!)

BEAT. Jacinto, yo te quiero mucho.

JACIN. (Se vá á poner en ridículo con esa mujer.) Sí, ya lo sé.

BEAT. Y lloraba más al despertar que durante la pesadilla, porque se me ocurrió pensar si ese sueño sería cierto.

JACIN. ¿Cómo?

BEAT. Si ese ave de rapiña será alguna pájara de otra especie que te arranca de mis brazos, te separa de mí...

JACIN. ¿Qué dices?

BEAT. Y me roba tu cariño (Llorando de veras.)

JACIN. Pero, ¿á que viene ahora ese llanto? Por Dios.

BEAT. Yo te quiero mucho, Jacinto.

JACIN. Y yo á tí muchísimo. (¡Y la otra oyéndonos!)

BEAT. Tú, no... tú, no me quieres.

JACIN. ¡Beatriz!

BEAT. Si me quisieras no me engañarías.

JACIN. ¡Yó!

BEAT. ¡Tú!

JACIN. ¿Eres capaz de creer?... (Debo estar como un pavo.) (Soplando ruidosamente.)

BEAT. He... leído... las... cartas... que guardas allí. (Sollozando y señalando al *bureau*.)

JACIN. ¡Beatriz!

BEAT. ¡Todas!

JACIN. (¡A mí me vá á dar algo!)

BEAT. Por eso... por eso sé que no me quieres. (Llorando otra vez.)

JACIN. Esas cartas... esas cartas... (Ea, á Roma por todo.) No significan nada, absolutamente nada más que un extravío del momento, una locura pasagera, indisculpable si quieres; pero, por la cual en este instante y en circunstancias que tú no puedes apreciar bien, te pido perdón de rodillas. (Arrodillándose.) (Así, que lo oiga; me importa poco.)

BEAT. De veras, Jacinto, ¿me quieres como antes, como yo merezco que me quieras?

JACIN. Te quiero á tí sola (Alzando mucho la voz), á tí sola, y con toda mi alma.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DOÑA LEONARDA, por la segunda derecha, con el capuchón y la careta

JACIN. (Aterrado.) ¿Cómo? ¿Tiene usted valor para presentarse?—¡Beatriz! (Abrazándola suplicante.)

D.ª LEO ¡Así me gusta! (Quitándose la careta.)

JACIN. ¡Señora! ¡Usted!

D.ª LEO. Yo misma. Una golondrina falsificada.

JACIN. Pero, ¿cómo es posible?... Antes...

BEAT. Antes fué Manuela, y antes yo. (Muy cariñosa.)

JACIN. ¿Es decir que se han divertido ustedes conmigo? (Poniéndose sério.)

BEAT. No te enojes. Todo ello no ha salido de entre las cuatro paredes de tu casa, y no se te ha puesto en ridículo, ni nadie sabrá lo que aquí ha pasado. Perdóname esta broma de Carnaval, como yo te perdono algo más grave.

JACIN. ¡Ah! Sí, te lo perdono, porque te lo ha inspirado el cariño.

BEAT. Cuando llegue la primavera, y con ella las golondrinas, piensa que son pájaros que se marchan...

D.ª LEO. Sí, pero vuelven. Recuerda lo que dice Becquer:

Volverán las oscuras golondrinas...

JACIN. No, no. Yo te juro que diré como el poeta:

¡Esas... no volverán!

(Abrazando á Beatriz y señalando á las golondrinas del capuchón.)

FIN

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

UN SARAO Y UNA SOIRÉE [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta.

EL FIGLE ENAMORADO, sainete original, música del mismo maestro.

LA MUJER DEL PRÓJIMO, comedia en un acto y en verso, original.

DE MADRID A BIARRITZ [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

MÁS VALE TARDE QUE NUNCA, proverbio original y en prosa, en un acto.

PERRO, 3, 3.º, IZQUIERDA [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa.

¡CHITÓN! [3], idem, idem.

EL CARBONERO DE SUBIZA [4], parodia en verso, en un acto, música de los Sres. Aceves y Rubio.

UN PALOMINO ATONTADO, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

UN CUARTO DESALQUILADO, pasillo cómico, original y en verso.

(SE CONTINUARÁ), juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

ESPERANZA, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

LAS MEDIAS NARANJAS [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

EVA Y ADÁN, juguete cómico, original y en verso.

LA HOJA DE PARRA, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

LA GALLINA CIEGA, zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero.

LEVANTAR MUERTOS [3] juguete cómico en dos actos y en prosa.

EL DOMADOR DE FIERAS [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un Vaudeville, música del maestro Barbieri.

DOCE RETRATOS SEIS REALES, pasillo cómico, original y en verso.

LEÓN Y LEONA, entremés en prosa, original.

CADA LOCO CON SU TEMA, juguete cómico original, en un acto y en prosa.

LOS SEÑORITOS, comedia en tres actos, original y en prosa.

LA VIUDA DEL ZURRADOR [6], parodia en un acto y en verso.

LA CLAVE [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

LA MAMÁ POLÍTICA, comedia en dos actos, original y en prosa.

LA MARSELLESA, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero.

LA CARETA VERDE, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa.

EL SIGLO QUE VIENE [2], zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero.

EL AÑO SIN JUICIO [7], revista cómica, original, en un acto.

LOS MADRILES [7], revista cómica, original, en dos actos.

LOS SOBRINOS DEL CAPITÁN GRANT, novela cómico-lírico-dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero.

EL EMPRESARIO DE VALDEMORILLO [7], revista cómica, en dos actos, original.

EL DIABLO COJUELO [7], revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

EL NOVENO MANDAMIENTO, comedia en tres actos, original y en prosa.

LAS DOS PRINCESAS [7], zarzuela en tres actos, arreglada del francés, con música del maestro Caballero.

ESTO, LO OTRO Y LO DE MÁS ALLÁ [7], revista cómica, original, en un acto.

PERIQUITO [6], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA [6], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡ADIOS, MADRID! [6], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos en verso y prosa, original.

DE TIROS LARGOS [6], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa.

LA PRIMERA CURA [6], comedia en tres actos y en verso, original.

LA PRIMERA CURA [6], refundida en dos actos.

LA CALANDRIA [6], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí.

EL HIJO DE LA NIEVE [6], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

ROBO EN DESPOBLADO [6], comedia de gracioso, en dos actos, y en prosa, original.

LA TEMPESTAD, melodrama original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

LA MUJER DEL SERENO, comedia original en un acto y en prosa.

LA CRIATURA, humorada cómica original en un acto y en prosa.

LA ALMONEDA DEL 3.° [6], comedia en dos actos, original y en prosa.

PAPELES SON PAPELES..., proverbio en un acto, original y en prosa.

CORO DE SEÑORAS [8], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto.

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó. 2 Id. id. Coello. 3 Idem Idem Campoarana. 4 Id. id. Granés. 5 Id. id. Blasco. 6 Idem Idem Vital Aza. 7 Id. id. Pina Domínguez. 8 Id. id. Pina Domínguez y Vital Aza.

Cuaderno 284 INDIAS OCCIDENTALES Precio

